

ALFONSO PÉREZ ROMERO

EL CUBANO



R.

*Para Cristina, Alfonso, Tamara
y Emilia, por supuesto.*

CAPÍTULO UNO

CON EL mismo desinterés que había puesto en la lectura del texto, con idéntico énfasis de desencanto, lo concluyó. Dijo: — Nada más, muchas gracias— y sus palabras se quedaron flotando unos segundos en el aire estancado de la sala, antes de que unos tímidos aplausos acabaran sepultándolas. El orador no necesitó levantar la mirada de los folios manuscritos, para saber que su conferencia sobre adicciones no había despertado el interés del público y que del auditorio casi vacío no podía esperar más que unas modestas enhorabuenas de compromiso. Se limpió con un pañuelo las minúsculas gotas de sudor que empapaban su frente y pensó que si pudiera pedir un deseo, este sería el de convertirse en un hombre invisible. Trataba de que su rostro no reflejara contrariedad alguna. No podía permitirse el menor gesto de flaqueza en presencia de su círculo de amistades. Así que apretó los dientes y trató de dominar la decepción. El escaso público abandonaba la sala en silencio, mientras echaban una última mirada de admiración a las lámparas palaciegas y a los grabados goyescos que adornaban las paredes.

Estaba en una de las salas de exposiciones más prestigiosas de Madrid, alquilada por un precio prohibitivo para su nivel de ingresos. El aperitivo de bienvenida, servido por camareros uni-

formados, era un lujo añadido que le obligaría a recortar sus gastos personales durante una buena temporada. Pero lo que le preocupaba en aquel momento era disimular el desengaño con la mayor entereza posible. Unos minutos más y el último asistente habría abandonado la sala y no quedaría más que el silencio para hacerle compañía.

Mientras en las alfombras se enredaban los pasos de los más rezagados, el conferenciante simulaba ordenar documentos y garabateaba anotaciones innecesarias en el margen de los folios. Fingía estar concentrado en la tarea, pero cada poco tiempo tenía que levantar la cabeza y dedicar una sonrisa a los invitados que desfilaban hacia la calle con rostro muy serio. Hubiera preferido decir adiós, como un buen anfitrión, junto a la puerta, saludar a cada uno por su nombre y agradecer su presencia. Pero prefería evitar controversias y no da a pie a especulaciones sobre la conferencia. Necesitaba respirar con calma y reflexionar a fondo, para superar la sensación de fracaso. La tentación de compadecerse, o culpar al mundo, era aún un sentimiento dominante que debía evitar a toda costa. Por experiencia sabía que era un camino equivocado. Ahora más que nunca necesitaba hacerse preguntas y obtener respuestas precisas, porque había muchas dudas en su cabeza y muy pocas certezas a las que aferrarse.

El conferenciante mantenía desde el estrado una visión periférica del entorno, así que cuando los más rezagados desaparecieron de su vista, supo que había llegado el momento de poner algo de luz sobre las tinieblas. Y lo hizo con dos preguntas directas: '¿Había sido la conferencia un rotundo fracaso?' '¿Había algún aspecto positivo que pudiera destacar?' Dejó reposar la nunca sobre el respaldo del sillón y entornó los ojos, tratando de concentrarse en las respuestas. Era cierto que sus expectativas personales no se habían cumplido, pero calificarlo

de desastre le parecía exagerado. Había aspectos del acto que merecían su aprobación, como era el hecho de haber leído un texto brillante en el aspecto formal y muy profundo desde un punto de vista científico.

Con el ánimo más sosegado, inclinó el cuerpo hacia adelante, hasta dejarlo en posición recta. Se quitó las gafas y se frotó los párpados haciendo círculos con la yema de los dedos. Enseguida notó el alivio del masaje, pero cuando abrió los ojos de nuevo, el decorado se había difuminado entre las brumas de su miopía. No rescató las gafas de inmediato, sino que entornó de nuevo los ojos y reflexionó sobre la conveniencia de dejar que el tiempo dictara sentencia. Esto suponía concertar un armisticio consigo mismo. Notó el alivio que le proporcionaba este razonamiento. La emotividad ya no era tan intensa. Admitió que se le habían truncado algunos de sus sueños más inmediatos, pero la suya era una carrera de fondo y, en las etapas previas, no siempre iba a llegar el primero. Bajaba así su nivel de exigencia, para centrarlo en objetivos concretos. Eso sí, publicaría el manuscrito y trabajaría para que tuviera la máxima difusión. Una sonrisa iluminó su rostro. Ahora la falta de asistencia de público le parecía una anécdota insustancial. Había encontrado al fin el camino para recuperar el equilibrio perdido.

De nuevo se colocó las gafas de montura plateada y en la sala apenas quedaron rincones sombreados. Se rascó el mentón en actitud pensativa, mientras pensaba en uno de los puntos del acto que mayor malestar le había provocado. Se trataba de la ausencia de algunos de sus mejores amigos. Había contactado, personalmente, con cada uno de ellos y todos le confirmaron su asistencia, pero a última hora muchos se habían quitado de en medio sin explicación alguna. Le costaba perdonar la deslealtad,

pero conocía bien las reglas del juego social y sabía que la vida siempre ofrecería una oportunidad de revancha.

Una de las ausencias que más le había dolido era la de Alonso Génova. Lo conocía bien, nada en su comportamiento le era extraño. Eran amigos desde la infancia y habían compartido juegos, pupitres, libros y muchos sueños y ambiciones. Les unía profundos vínculos afectivos y muchas vivencias comunes, aunque la errática personalidad del periodista dificultaba la convivencia. En los últimos tiempos, sin que existiera un motivo concreto, habían espaciado sus citas y reducido al mínimo sus contactos telefónicos. No era la primera vez que sucedía. Su relación de amistad estaba llena de desencuentros que se esforzaban en superar, pero que iba generando entre ellos un clima de desconfianza y resentimiento.

El psicólogo se pasó las manos abiertas por la nuca, como si quisiera agilizar su memoria con un leve masaje capilar. No hacía calor en la sala, pero tenía la sensación de tener la piel empapada de un líquido viscoso. Detestaba las cavilaciones neuróticas, pero no podía dejar de pensar en su relación con Alonso Génova, que justo ahora pasaba por un momento muy difícil. El periodista tenía un carácter inestable, aunque casi nunca perdía el control de sus emociones. Eso había facilitado que saldaran siempre sus diferencias en el marco de un respetuoso cinismo. Las suya eran escaramuzas civilizadas y dentro de un orden. Por eso le parecía muy extraño su proceder en los últimos días. No esperaba que incumpliera su palabra de asistir a la conferencia, a pesar de que sabía que ejercía muy poco control sobre su vida y sus vicios. En su círculo de amistades daban por cierto que estaba entregado a un sueño que no excluía ningún tipo de excesos y adicciones.

Al margen de valoraciones personales, que en el fondo no eran más que simples desahogos, la imagen de Alonso Génova estaba muy presente en él. Le imaginaba acodado en la barra del Paraíso, con un whisky en la mano y un cigarrillo ardiendo en la comisura de los labios. Así recordaba haberlo encontrado unos días atrás, cuando le entregó la invitación a la conferencia. El periodista abrió el sobre y leyó el contenido en silencio. Después, lo volvió a leer en voz algo más alta, poniendo un énfasis de comunicador mediocre en la lectura: “Los compuestos bioquímicos en los factores adictivos y sus consecuencias en los procesos depresivos”.

. —¡Joder, Climaco, qué nivel! — exclamó, antes de propiciar un inesperado abrazo.

Tras desanudar sus cuerpos, cruzaron sus miradas durante unos segundos. Los ojos de Alonso Génova eran esquivos y fríos, desmentían la cordialidad que se reflejaba en sus labios. Bebieron unos tragos en silencio, antes de que el psicólogo le hablara de lo mucho que podría aportar con su asistencia al acto. Le dijo que sería la primera de un ciclo de conferencias con la que iría preparando su tesis doctoral. El periodista no le dejó terminar el argumento. Con su habitual desparpajo, le puso la mano sobre el hombro y afirmó: —Cuenta conmigo, Climaco; no te defraudaré—. Apuró de golpe el contenido del vaso de whisky y pidió al camarero que lo llenara de nuevo. No era difícil de adivinar que estaba borracho, porque tenía los ojos vidriosos y sus movimientos eran torpes y espaciados, pero aún poseía la suficiente lucidez como para mantener una conversación. Vestía de modo informal, un pantalón vaquero, muy ancho, y una camisa de cuadros azules, desabotonada, que dejaba al descubierto la mata de vellos del pecho. De su aspecto, destacaba unas incipientes ojeras azuladas, su melena de rizos negros

y su sonrisa de envidiables dientes perfectos. Era el Alonso Génova de tantos otros días, desmedido en sus comentarios, informal, relativista, tanto que solía afirmar que la verdad no existe y, que si existiera, podrían encontrarse antes en cualquier burdel de carretera que en un bufete de abogados. Imprevisible, neurótico, cordial, el periodista siempre encontraba recursos con los que seducir a sus amigos y conocidos.

Al ver que le costaba fijar la atención, el psicólogo le puso la mano sobre el hombro y le dijo que le había reservado un sillón en el estrado, junto al suyo, para que hiciera la presentación del acto y le diera cobertura mediática. Añadió que le haría llegar el texto de la conferencia, con la idea de que pudiera redactar un discurso conciso y documentado. Alonso Génova le agradeció con gestos y balbuceos su confianza. Parecía no encontrar en su cerebro las frases que buscaba para plantear su particular punto de vista. Después de otro trago de whisky, se comprometió a escribir un texto brillante y amable. Después, guardó silencio, mientras trasteaba con la punta del zapato sobre la colilla que acababa de tirar al suelo. Era evidente que estaba reflexionando sobre el nivel de compromiso que estaba dispuesto a asumir. Al fin, levantó la cabeza y dijo que se haría acompañar de un reportero y un fotógrafo, para dar un mayor empaque mediático a la conferencia. Elegante Climaco se lo agradeció pagando la cuenta de los whiskies. No había mucho más que hablar. La conversación se estaba haciendo densa e incómoda. Así que se despidió, reiterando que le haría llegar cuanto antes el manuscrito.

Todos sus esfuerzos por localizar a Alonso Génova durante los días siguientes fueron en vano. Parecía como si se escondiera a propósito o se lo hubiera tragado la tierra. Su teléfono dejó de estar operativo, en su casa no paraba nunca y dejó de frecuentar

los bares en los que era cliente habitual. Uno de sus mejores amigos sugirió la posibilidad de que hubiera viajado a La Habana, para conocer a la familia de su novia cubana. Pero el psicólogo dio más crédito al rumor de que hubiera ingresado en un centro de desintoxicación, para tratar el problema de sus adicciones. De todas formas, no era la primera vez que el periodista desaparecía durante un tiempo, para reaparecer después sonriente y sin dar explicaciones a nadie. A pesar de la inquietud, mantuvo la esperanza de que al final apareciera y leyera el discurso. De hecho, dispuso de tiempo suficiente para buscar a alguien de prestigio que lo sustituyera y contratar a un fotógrafo que se encargara del reportaje gráfico, pero no quiso especular con la posibilidad del engaño. Esperó hasta el último minuto a que cumpliera su palabra y solo cuando el público empezó a entrar en la sala, asumió desencantado que no asistiría. Entonces sí se reprochó haber sido tan estúpido. Y pensó que Alonso Génova, a esa hora, estaría durmiendo la pájara en plena digestión libertaria de pastillas y alcohol.

De pronto, se dio cuenta que llevaba demasiado tiempo divagando y que había llegado el momento de marcharse. Recogió de la mesa los papeles y guardó en el bolsillo de su chaqueta un pequeño reloj de arena y una pluma estilográfica con el lacado muy desgastado por el uso. Le asombraba llevar treinta minutos hablando consigo mismo, en una sala en la que ya no quedaba nadie. Le había venido bien ese tiempo de meditación, pero ahora tocaba desconectar del mundo y descansar. Antes de bajar del estrado, tomó el pequeño reloj entre sus manos y recordó lo que le había dicho el viejo inca peruano, de larga melena blanca, que se lo vendió, junto a la estilográfica, en un tenderete hecho con lonas y cajas de maderas, en un mercadillo al sur de la capital:

—El reloj dará la hora de una revolución en su vida y con la pluma firmará documentos más importantes que una sentencia de muerte.

Le impresionaron aquellas palabras y el tono calmo e indubitable con las que las pronunció aquél anciano de pupilas blancas, vacías de vida, pero que parecía tener la capacidad de ver el infinito. Desde ese día, llevaba siempre los dos objetos en el bolsillo de la chaqueta y le gustaba recorrer su superficie con los dedos, como si realizara un acto totémico que lo liberara de las influencias de los malos espíritus.

Echó una última mirada a la mesa, antes de tomar el maletín de cuero, en el que había guardado el material de trabajo. Dentro de unos minutos se bajaría el telón y la función habría acabado. Quería regresar a casa caminando, para respirar el aire fresco de la tarde y despejar su cabeza. Sabía que el andamiaje de su estado de ánimo era todavía era muy frágil y podía venirse abajo en cualquier momento. Estaba convencido de que había actuado con responsabilidad y sensatez, aunque tal vez había puesto demasiadas esperanzas en el resultado de un simple acto académico. En las noches previas, había soñado que conseguía asombrar al auditorio con su oratoria brillante y sus profundos conocimientos. Incluso se imaginó respondiendo a las preguntas de los periodistas, envueltos en los flashes de los fotógrafos. El contraste entre los sueños y la realidad le había producido un cierto desequilibrio emocional. Ahora se veía obligado a asumir que, de todo lo soñado, no quedaba más que el indecoroso balance de un acto sin apenas público, sin prensa y sin autoridades académicas. Le dolía tener que aceptar que, por muchas justificaciones que buscara, acababa de quemar buena parte de su reputación, por empeñarse en dar una conferencia que podía haber suspendido alegando cualquier justificación médica. Nadie le

hubiera pedido explicaciones, incluso algunos amigos y conocidos se lo hubieran agradecido. Pero estas reflexiones ya no iban a cambiar las cosas. Pensó que le urgía salir de la sala y respirar aire puro.

Estaba a punto de dirigirse a la puerta de salida, cuando detuvo su mirada en el fondo de la sala, allí donde una confluencia de espejos multiplicaba la sombra de los sillones vacíos. Dejó la maleta de cuero sobre la mesa y miró embelesado el fondo de tapices y cuadros. Parecía como si de pronto hubiera entrado en un profundo trance de santidad espiritual. Pensó que todo aquello debía ser fruto de su fraudulenta imaginación, que una vez más lo empujaba a ver fantasmas donde solo había sombras. Enseguida trató de restar importancia a la confusión inicial. En realidad, no era más que un modesto conserje que aguardaba impaciente el momento de apagar la luz y cerrar la sala. Una última mirada le hizo asumir que quizás no se trataba sólo de eso. De pie sobre el estrado, se ajustó bien las gafas y percibió con claridad, entre las solapas de un abrigo negro, bajo un elegante sombrero, la vertical expresión del rostro de un hombre que le devolvía la mirada sin mover un solo músculo. Un sombrío presentimiento de impotencia le paralizó. Las piernas le temblaban, mientras veía al desconocido avanzar resuelto por el pasillo central hacia el estrado. El eco enérgico de sus pasos no parecía anticipar nada bueno. Era un hombre de unos setenta años, corpulento, de fino bigote dictatorial y papada de paquidermo. Vestía con elegancia y todo en su aspecto era distinguido, señorial, Cuando llegó a su altura, lo miró unos segundos con la arrogancia dibujada en su rostro. Le extendió la mano y le dijo:

—Felicidades, señor Climaco, ha sido la suya una conferencia muy ilustrativa.

El psicólogo le agradeció la asistencia al acto y felicitación. Después recogió la tarjeta que le extendía amablemente. El desconocido abrevió el trámite de la lectura.

—Soy Laurentino Andrades —dijo— y he venido a contratar sus servicios para un asunto privado que exige la mayor discreción.

Lo había reconocido y la cercanía de su rostro y su conocida trayectoria empresarial y política lo había dejado sumido en un estado de perplejidad. Lo miraba y se sentía tan vulnerable como un boxeador que se encierra en el cuadrilátero con un rival de una envergadura muy superior. La tarjeta le temblaba entre los dedos y se le hacía difícil pensar con coherencia. La incertidumbre le creaba una indudable ansiedad: ¿Para qué querrá contratar mis servicios? ¿Por qué me ha elegido a mí y no a otro profesional de mayor prestigio académico? Lo tenía a menos de un metro y su imagen era la de un hombre arrogante, seguro de sí mismo, acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Todo era tan absurdo que temía verse envuelto en un equívoco. El silencio entre ambos generaba tensión y muchas dudas. Don Laurentino fue el primero en advertirlo. Dijo que detestaba este tipo de situaciones de puro formalismo. Le felicitó de nuevo por el mensaje tan positivo que había transmitido, sobre todo al afirmar que era posible recuperarse de la autodestrucción de las drogas. El psicólogo asintió con la cabeza, sin conseguir entender en qué tipo de toxicomanías habría podido caer su interlocutor. ¿Quizás cocaína? No sabía mucho de su vida, sólo lo que había leído en los medios de comunicación, que lo solían presentar como un hombre envuelto en continuos escándalos políticos y financieros. Era evidente que estaba acostumbrado a vivir en el límite de la legalidad y a escapar indemne de acusaciones casi siempre

asociadas a la corrupción financiera. Don Laurentino se presentaba ante los medios como la víctima de una guerra ideológica, con la que querían perjudicar su carrera política y sus intereses empresariales. Por la prensa sabía también que era uno de los hombres más ricos de Madrid, un empresario de éxito y un alto cargo autonómico con gran influencia dentro de la organización política en la que él era un simple militante de base. Todos estos datos, que codificaba su cerebro a velocidad de vértigo, le provocaban un notable sentimiento de inferioridad. Parecía como si ante la magnificencia del multimillonario, solo cupiera sentirse ofuscado y nervioso, sin la habilidad necesaria para proyectar su personalidad y vender caros sus servicios. Sintió la amistosa mano de don Laurentino sobre su hombro y como lo empujaba con suavidad hacia la puerta.

—En la vida, el tiempo es oro —dijo, como si le apremiaran otros asuntos. Antes de llegar a la puerta de salida, lo tomó del brazo, le clavó la mirada y repitió algo que ya le había dicho: que necesitaba sus servicios como psicólogo y que no era hombre que admitiera demoras en concertar citas. Añadió que tampoco era partidario de dar explicaciones, porque ello implicaba retrasos y malentendidos, pero sobre todo porque el tema era confidencial y quería tenerlo bajo control.

—De modo que, si no tiene inconveniente, señor Climaco —añadió—, esta misma noche podemos alcanzar un acuerdo muy ventajoso para ambos.

El psicólogo vio cómo se activaba el dispositivo de seguridad en torno al multimillonario. Un guardaespaldas le franqueó el paso hacia el lujoso Mercedes-Benz; otro vigilaba en situación de máxima alerta, con la mano en la sobaquera de la chaqueta. Un chófer uniformado, con aire marcial, sostenía la puerta, a la

espera de que entrara el señor Andrades y su invitado. A Elegante Climaco le parecía estar contemplando escenas sacadas de una película de cine negro, pero todo era tan real que comenzaba a sentir en el estómago el vértigo del miedo. Dudó un poco antes de acceder al interior, pero don Laurentino ya aguardaba con gesto serio, casi adusto, a que terminara por decidirse. Una vez dentro, respiró hondo y dejó caer el cuerpo hacia el respaldo del cómodo sillón. Cerró los ojos y se encomendó a Dios, con una fe inspirada en la resignación. Asumía que no tenía escapatoria y que aceptaba, sin rebelarse, lo que el destino y el señor Andrades le tuvieran reservado aquella noche.

CAPÍTULO DOS

ALONSO GÉNOVA se acomodó los testículos con delicadeza, antes de posar el trasero sobre un taburete acolchado y quedar justo en medio de un elegante piano de cola y de un arpa blanco. Usaba ropa interior desahogada, pantalones de telas suaves y anchas, porque padecía una extraña sensibilidad en la piel que recubría sus partes más íntimas y había días en los que le resultaba insoportable el más leve roce o presión. Aparte de esto, su salud, en general, era buena, aunque era cierto que bebía sin moderación, fumaba mucho y tenía una cierta propensión a deprimirse, a ver el futuro muy negro. Elegante Climaco decía de él que era un aprensivo incurable, capaz de desencadenar una crisis psicosomática en su cuerpo, solo por el hecho de sentirse a disgusto consigo mismo. Alonso Génova entendía que quizás ese era el precio del fracaso, la factura de la mediocridad. No era nadie, nada, un paria con zapatos recién estrenados, pero sin pagar.

—No es mal tipo este Climaco— pensó el periodista, mientras dejaba resbalar su mirada por las teclas relucientes del piano. Algunas de las costumbres del psicólogo cuadraban poco con su procedencia humilde, pero eso formaba parte de su carácter y tenía que aceptarlo así. Había crecido en un barrio obrero, era hijo de un modesto impresor y de una costurera, pero desde muy joven manifestó su preferencia por la buena ropa, los

restaurantes de lujo y los conciertos de música clásica. Nunca había envidiado su permanente sonrisa de bienvenida, su afabilidad protocolaria, su vocabulario ambiguo y sus gestos de nobleza advenediza, porque todo era fingido. A él no podía engañarlo. En el fondo, era un depredador social más, otro que aguardaba agazapado la oportunidad de trepar y enriquecerse. No obstante, le tenía afecto, porque tenía la cualidad de saber escuchar y en momentos de crisis siempre había estado a su lado. ¿Qué más le podía pedir a un viejo amigo?

Alonso Génova miró inquieto hacia la puerta. La señora marquesa se demoraba más de lo habitual en la sala de maquillaje, empeñada en restaurar con afeites la huella que el paso del tiempo había dejado en su rostro. Esperar lo sacaba de quicio. La ama de llaves le había hecho pasar a la sala de música, en lugar de invitarlo a la biblioteca, como era la costumbre. La ansiedad crecía al sentirse aislado entre paredes acorchadas y envueltos en un áspero silencio de convento de clausura. En la sala de los libros, el tiempo de espera se hacía más liviano, porque podía espatarrarse sobre un mullido sillón con orejeras, al calor de la chimenea, y entretenerse ojeando manuscritos de gran valor histórico. En cambio, en la sala de música sólo cabía tener paciencia, dando cortos paseos y admirando lujosos instrumentos. Dedujo que la razón del cambio era porque doña Juana deseaba tocar para él algunas de sus magistrales composiciones, una de sus joyas barrocas cuya desafinada melodía costaba resistir sin bostezar. De hecho, escuchando a la señora marquesa, había llegado a la sabia conclusión de que la música, mal interpretada, también podía llegar a ser una sofisticada forma de tortura. El periodista sabía lo que era soportar un recital, con la aristócrata, arrebatada por la pasión, tocando el piano de cola o al arpa. Era evidente que lo que tocaba eran partituras escritas por algún músico sin fortuna

que le hacía de negro. Entendía que era así como combatía la soledad de la vejez y la menopausia. Desde su separación matrimonial, con el millonario Casanova, vivía entregada a excéntricos proyectos literarios, musicales y esotéricos.

Alonso Génova desvió la mirada hacia el fondo de la sala, acondicionada para conciertos, mientras se acomodaba los testículos por segunda vez. Era una pieza amplia, insonorizada, con filas de butacas pegadas a la pared y una bóveda acristalada en el techo. La ausencia de ventanas no permitía que entrara otra luz natural que la que se filtraba por las altas vidrieras. Era una luz mortecina, como hecha al tedio que existía en aquella inmensa mansión. Aburrido, casi somnoliento, el periodista se levantó del asiento y tocó al azar una cuerda del arpa con la yema de los dedos. El ‘la sostenido’ se quedó vibrando en la sala con una pureza acústica que lo dejó maravillado. Tocó otra nota, un ‘sí menor’, justo en el momento en que entraba doña Juana, pálida y elegante, como correspondía a una señora de su alcurnia. Llevaba un elegante vestido con nenúfares sobre los hombros y un collar de rutilantes perlas en el cuello. Esbozando su mejor sonrisa, la señora marquesa le preguntó:

—¿Le gusta la música, señor Génova?

El periodista enrojeció antes de responder:

—Como aficionado, señora marquesa; un buen aficionado, si me permite la inmodestia, que sabe disfrutar de un recital de sus adorables manos o de una buena noche de ópera en el Real.

Mentía, pero lo hacía con tanta cordialidad y soltura, que hasta doña Juana quedó convencida de que estaba ante un exquisito melómano.

Entre el periodista y la aristócrata existía una estrecha relación profesional que duraba algo más de un año. La señora marquesa tenía una tardía vocación literaria, inspirada en un deseo de venganza contra su ex marido, contra el que desahogaba todo su resentimiento. En sus memorias lo llamaba con el nombre ficticio de señor Casanova, pero el periodista dudaba que tal señor hubiera tenido alguna vez una existencia real. Sospechaba que era un marido inventado, para darle a la vulgar trama algo de suspense y originalidad. Era una conjetura personal que nunca hubiera osado siquiera insinuarle. En el fondo, le daba igual que la historia estuviera basada en hechos reales o hubiese sido inventada. Lo importante era realizar bien su trabajo y cobrarlo a buen precio y con regularidad. No quería entrar en otro tipo de juicios, porque doña Juana no le hacía daño a nadie, por llenar su vida con las fantasías que considerara conveniente.

La historia novelada de la vida de la aristócrata había alcanzado las cuatrocientas páginas, escritas con tintero y pluma de ave, sin más orden, estructura o lógica que lo que había dictado su egregio capricho. Una vez redactada, había dejado el manuscrito a sus amigas de ganchillo y juegos de canasta y, todas sin excepción, según sus propias palabras, habían alabado el pulcro estilo y la tensión narrativa de aquella singular obra. Alguien, nunca confesó quién, tal vez algún piadoso editor, con la suficiente influencia para hacerla reflexionar, le aconsejó que contactara con algún periodista con talento creativo, para que ordenara y diera forma literaria a lo que no era más que una historia farragosa y dispersa. La casualidad quiso que la espiritista Albertina Balas, consejera de la señora marquesa en temas esotéricos, le hablara de Alonso Génova como un periodista joven, educado, discreto y respetuoso, que era justo lo que solicitaba. La cubana informó al periodista de todo lo que necesitaba saber